

# Posmonauta

NATALIA MARDERO



Ilustración | Daniel Melgarejo

## LA MAMÁ DE LUCAS

MIS TATUAJES le llamaron la atención desde el comienzo. Nos conocimos en verano, y al menos los dibujos de los brazos estaban expuestos con orgullo. Lucas había atendido el portero eléctrico pensando que era el chico de la heladería, pero en realidad era su madre que había llegado sin avisar. Saltamos de la cama, nos vestimos en segundos, yo con un ataque de risa y él pálido y sin aliento.

Me senté en el sillón y encendí un cigarrillo. Lucas esperaba detrás de la puerta y miraba a través de la mirilla. Luego me ojeaba y me pedía que me aplastara el pelo con la mano. Yo sonreía.

Cuando abrió la puerta vi a la mujer que más o menos había esperado. Era la imagen que tenía de todas las madres divorciadas de mis parejas. Pero era la primera vez que conocía una. Dejé el cigarrillo en el cenicero y me paré para saludarla. Y ahí es cuando nos miramos a los ojos y luego desvió los de ella hacia mis brazos.

Lucas deambulaba por el living sin saber muy bien qué hacer. Ella se sentó en el sofá de enfrente y sacó la cajilla de cigarrillos de su cartera. Luego pidió permiso para descalzarse y subió elegantemente sus piernas al sillón. Pensé que intentaba hacerse la canchera. Llevaba una pollera gris por encima de la rodilla, y una remera de plush en diversos tonos de azul.

Le extendí la mano a Lucas para que viniese a sentarse al lado mío, mientras ella seguía con su hilera de palabras. Nos hablaba con voz grave y animosa, de manera verborrágica, como si mi presencia allí fuese lo más natural del mundo. Tenía cejas depiladas y un rostro entre arrogante y maléfico. No es que fuese una bruja por el solo hecho de ser la madre de Lucas. Aunque seguramente había sido bella en su juventud, definitivamente carecía de dulzura. Lo que en mí despertaba atracción y desprecio en dosis equivalentes.

No hablamos de nada relevante: del clima, del gobierno, de las plantas que se estaban secando en el balcón. Luego Lucas se paró para abrirle al chico de la heladería. Yo aplasté mi cigarro en el cenicero y jugué con sus restos. Me di cuenta que trataba de evadir su mirada. Ella me atacó con su interrogatorio. Que si estudiaba, si trabajaba, de dónde era, que hacían mis padres, si tenía hermanos, etc. En fin, las cosas que le interesan saber a las madres sobre sus potenciales nueras. Yo encendí otro cigarrillo e intenté contestarle con cortesía, pero me salían respuestas minimalistas. Había algo en ella que me cohibía, no podía entender muy bien qué. Me miraba fijamente, pero no creía que esa fuese la única razón. Yo siempre miraba a la gente a los ojos, por lo general era yo la que desafiaba, pero esta mujer tenía en mí el mismo efecto que la kriptonita en Superman. Pese a todo olía hipocresía. No me creía las sonrisas ni la charla cordial. En definitiva yo era una chica de pelo corto, tatuada y con ropa desteñida que se acostaba con su hijo. No había chances de que le cayera bien.

A las dos semanas volvió. De haber sabido que era ella la que tocaba timbre seguramente no le hubiese abierto. La cosa es que yo estaba sola, pintando las puertas de los placares de la cocina. Le dije que me siguiera, le ofrecí agua y seguí con mi tarea, como si fuese imposible detenerla. Nuevamente evadía su mirada. Y eso me ponía de mal humor. Con lo chica que era la cocina, su presencia de pie junto a mí era demasiado cercana e incómoda. Me preguntó por qué estaba yo haciendo eso y no

Lucas, pero no esperó mi respuesta y se contestó ella misma: Lucas estaba malcriado, ella siempre había hecho las cosas por él. Yo sabía que su hijo muchas veces era un malcriado, pero por alguna razón lo defendí. Le dije que me gustaba pintar, que él no tenía nada que ver, que la idea había sido mía. Después un silencio incómodo, y me incorporé porque me estaba dando un calambre en la pierna. Nuestros ojos se encontraron por un segundo y los míos huyeron en busca de la lata de pintura. Ahí es cuando ella tomó mi brazo izquierdo con ambas manos y comenzó a preguntarme sobre el dragón chino. Mientras le contaba la historia ella le pasaba un dedo por encima, como si al tocarlo pudiese sentir el relieve. Es precioso, dijo, y antes de que pudiese alejarme su lengua estaba mojando la cabeza del dragón. Me quedé sin respirar, petrificada, y ahora sí que no podía sacarle los ojos de encima. Luego lo humedeció por completo, en cámara lenta. Me odié por un segundo, cuando se me cruzó por la cabeza que ella estaba tratando a mi dragón mejor que Lucas. Pero eso me ayudó a reaccionar y a quitar gentilmente mi brazo de su boca.

Desde entonces no nos hemos vuelto a cruzar. Pero la imagen y la sensación de su lengua en mi brazo me persigue con frecuencia. Sobre todo cuando Lucas hace lo mismo con la suya, que es más grande, algo torpe y excesivamente húmeda. No pretendo corregirlo, no creo que pueda, pero tengo que admitirlo: su mamá lo hace mejor.

## I FEEL GOOD (ANYWAY)

NO QUERÍA IR, pero al final Paula me convenció. Ella era la única amiga que había podido hacer hasta el momento en el liceo y el barrio nuevo. Se trataba de una fiesta de disfraces, y eso era quizás lo que más me preocupaba. Paula se iba a poner el vestido de novia de su madre. Pero yo no tenía ningún disfraz de ese tipo en casa. Me exprimí la cabeza pensando, y después de revolver todos los roperos tuve una idea brillante: iba a ser James Brown. Con una camisa de satén vieja de mi madre, de color rosa y con cuello puntiagudo y grande; un pantalón y una chaqueta ajustados de mi hermana; una peluca apolillada de la abuela que se podía teñir y peinar; oscureciéndome la cara y las manos con maquillaje.

Cuando salí del baño todos empezaron a gritar y a matarse de risa. Paula y mi hermana terminaron revolcándose en el piso y con los ojos rojos. Yo hice un pasito de baile y fui otra vez a mirarme en el espejo. Sí, podía quedar un poco graciosa, pero en general me veía bastante cool.

En la fiesta me di cuenta que a Mr. Brown no lo pasaban en MTV, por eso nadie se percató de que yo era él. El chico más lúcido musicalmente me preguntó si era Michael Jackson en la época de *Off the wall*. Cada vez que yo pronunciaba el nombre de James Brown, todos se quedaban asintiendo y mirando por un rato el vacío. Como si les sonara de algún lado. Pero no mucho.

## DAMAS

LAS CAÑERÍAS DE ESE BAÑO estaban casi siempre tapadas, así que antes de entrar ella se preparó. Respiró hondo una vez y luego empujó la puerta con fuerza. Adentro el piso de baldosas estaba húmedo, con charcos en algunos sectores, y vio en el agua el reflejo de una chica que se sacaba un punto negro de la cara delante del espejo. Se encerró en el compartimiento que tenía el inodoro más limpio, y apenas puso la tranca se desprendió el botón del vaquero casi con desesperación. Había tenido clase dos horas seguidas y la vejiga se le fue agrandando con cada segundo. Dobló sus rodillas y tuvo cuidado de no tocar la loza gastada y sucia. Enseguida un estremecimiento le recorrió el cuerpo y no pudo evitar cerrar los ojos. «Gracias, Dios» pensó, y abrió sus párpados para fijar la vista en la puerta de madera. Leyó cosas como: «Fer, todavía te amo»; «Mónica Hernández puta»; «The Cure for ever»; «Viva Fidel, carajo»; «Mañana me voy a pegar un tiro»; «Este baño es una mierda»; «Liberen la cocaína». La chica del punto negro se fue y al salir golpeó la puerta. Ella seguía en su posición y ya comenzaban a temblarle y a dolerle las piernas. La puerta se volvió a abrir y oyó un murmullo. Cuando terminaba de orinar, el dolor debajo del ombligo se acentuó con las últimas gotas. Afortunadamente, lo poco que quedaba de papel higiénico era suficiente. Casi nunca había papel higiénico, y cuando había estaba todo desperdigado por el suelo. Del otro lado de la pared los murmullos y las risas se hicieron claros; alguien puso la tranca en la puer-

ta vecina. Ella agudizó su oído. Parecía como si una pareja se estuviera besando. Comenzaron con besos no muy largos pero sonoros. También sintió el ruido que provoca el roce de la ropa con las manos. Sonrió e hizo un gesto de negación con la cabeza. Buscó la lapicera en el bolsillo del saco y buscó un espacio libre para escribir. No sabía qué escribir, pero quería hacerlo. Apoyó la mano contra la puerta y esperó la inspiración. Del otro lado venían ahora suspiros y gemidos casi imperceptibles. Volvió a sonreír, se dio vuelta sigilosamente y calculó la altura de la pared mirándola de arriba a abajo. Se puso la lapicera entre los dientes, se paró sobre el inodoro con mucho cuidado y apoyó las yemas de sus dedos en la parte superior de la pared. El corazón comenzó a latirle un poco más fuerte y tenía una carcajada contenida en la garganta. Estiró sus piernas con lentitud y lo que sucedía del otro lado se le fue apareciendo como desde atrás de una cortina. Dos chicas que no reconocía se estaban besando y tocando contra la pared. La que estaba de frente, morocha y de pelo ondeado, tenía la blusa desprendida y la pollera levantada, y con los ojos entrecerrados echaba la cabeza hacia atrás para dejar que la otra le mordiera y besara el cuello. La que estaba de espaldas tenía su mano entre las piernas de la otra, y al ver esto ella se agachó unos centímetros y aguantó la respiración. Esperó inmóvil. Las densas y sonoras respiraciones se hicieron más claras y luego todo, de repente, terminó. Ella dejó el inodoro y decidió volver al piso lo más lenta y silenciosamente posible. Al apoyarse se dobló el tobillo y tuvo que sacarse la lapicera de la boca y morderse el labio inferior para no putear. Con la pierna un poco levantada, apoyó su cuerpo y luego una oreja contra los fríos azulejos blancos y supuso que se estaban arreglando la ropa. Mientras tanto movía el pie con cuidado para calmar más rápido el dolor. Los besos continuaban. Por fin una de ellas dijo algo, pero lo dijo como en un secreto, así que no le entendió. La otra contestó con una risa ahogada y nada más. «Que se muera, no me importa», dijo la primera, y la otra volvió a reír: «Es la última vez que nos metemos en este chiquero», le contestó. Se volvieron a besar y enseguida una de las dos corrió la tranca. En un abrir y cerrar

de ojos abandonaron el baño. Ella se quedó confundida e inmóvil durante varios segundos. Tanto silencio de golpe le hacía pensar que todo había sido producto de su imaginación. Una vena en el cuello le palpitaba sin cesar y se estaba muriendo de calor. Luego miró hacia el techo y se perdió en la gran mancha de humedad. Entonces algo vino a su cabeza, empuñó la lapicera con entusiasmo y escribió: «Para mi cumpleaños quiero una cámara de fotos».

## MULDER & SCULLY

EN UN PEQUEÑO ESCENARIO dos travestis hacen una parodia de Mulder & Scully. Se me da por pensar que Gillian Anderson sentiría envidia ante el cuerpo de su imitador. Sin embargo vuelvo a lo mío, tambaleo y te busco entre la gente que baila y transpira, que acecha y que fuma, que besuquea y estrella vasos contra el piso. Bajo el flash y las luces de colores todos parecemos la misma cosa. Y la cerveza que no me deja enfocar.

Te encuentro en un rincón abrazándote con alguien que conociste hace quince minutos. Confundida vuelvo hacia atrás y busco la salida. En el escenario Mulder & Scully se besan apasionadamente.

Trust no one.



Irrupciones Grupo Editor, 2010